

VER FÚTBOL, SENTIR EL FÚTBOL

JOSÉ LUIS IBÁÑEZ SALAS

PRÓLOGO DE EMILIO GAVILANES



Marcial
Pons

JOSÉ LUIS IBÁÑEZ SALAS

VER FÚTBOL, SENTIR EL FÚTBOL

Marcial Pons

Madrid | Barcelona | Buenos Aires | São Paulo

2026

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© José Luis Ibáñez Salas
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
Tamayo y Baus, 7, 1.º Izq. – 28004 Madrid
☎ 913 043 303
✉ edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-19892-81-2
Depósito Legal: M 14916-2026
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Impresión: Safekat, S. L.
Madrid 2026

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>por Emilio Gavilanes</i>	11
ODIAR EL FÚTBOL: UNA INTRODUCCIÓN.....	19
DEPORTE Y ESPECTÁCULO.....	23
HISTORIA BREVÍSIMA	27
¿QUÉ ES EL FÚTBOL?	85
JUGAR AL FÚTBOL	95
VER FÚTBOL	115
EL FUTURO DEL FÚTBOL	129
ESCRIBIR SOBRE FÚTBOL.....	149
FIN	159

PRÓLOGO

Recuerdo los partidos que jugábamos en mi barrio cuando yo era niño, partidos que podían durar toda una tarde, hasta que se iba el sol y ya solo oías botar la pelota, pero no la veías, en los que se olvidaba cuántos goles llevaba cada equipo. Partidos en los que pensabas cada jugada con todo el cuerpo y en los que cada equipo se movía como si todos compartieran una misma mente. Veías la pelota surcando el espacio como un satélite y sentías euforia, como si gobernaras un astro. Ignorabas que eran experiencias muy altas.

Este libro de José Luis Ibáñez Salas, *Ver fútbol, sentir el fútbol*, es una declaración de amor a este juego, aunque a la vez es más cosas. No solo es una pequeña enciclopedia, llena de datos y noticias sobre el fútbol. También contiene recuerdos, reflexiones, observaciones, expansiones líricas, confesiones diarísticas, críticas de libros... Y siempre es interesante en la elección de los contenidos y certero y elegante en la expresión.

Seguramente para indicar la atmósfera sobre todo intelectual en la que se va a desenvolver el libro, lo primero que encontramos al abrirlo es un *haiku*, una composición poética que tras un aire lírico esconde unas intenciones reflexivas.

El libro comienza con una serie de valoraciones de todo tipo en torno al fútbol, de muy diversos autores (escritores, sociólogos, antropólogos, incluso futbolistas), como la de que el fútbol consiste en el aprendizaje de la derrota, que dice el filósofo Simon Critchley. O eso que dice el periodista Enric González de que «si no se hubiera convertido en uno de los emblemas de la cultura popular en el siglo xx, el fútbol sería un simple juego, como el bádminton o la petanca».

A continuación, Ibáñez Salas hace un repaso histórico del juego, empezando por su prehistoria. Parece que algunos pueblos de la antigüedad (los japoneses, los mesoamericanos...) crearon distintos juegos en los que se trataba de mantener en el aire una pelota el mayor tiempo posible, juegos que apuntan a primitivas ceremonias religiosas, a ritos de ayuda al sol para que su caída al final de la tarde no sea definitiva y vuelva a ascender por el espacio todas las mañanas. Son los juegos con bolas, o con balones, que están arraigados en nuestra psique más primitiva.

Pero es en la Inglaterra medieval donde se puede rastrear un juego más cercano al fútbol que conocemos, un antepasado reconocible. De esa época hay noticias de juegos de pelota que degeneraban en disturbios, por la cantidad de sus participantes y por la violencia con que se empleaban, y que tuvieron que ser prohibidos.

Los cambios en la propiedad del suelo tendrán como consecuencia la casi desaparición de esos juegos comunales, multitudinarios, y la aparición de juegos en espacios más restringidos, con menos participantes y más reglamentados.

En la Inglaterra del siglo XIX había multitud de juegos de pelota y multitud de reglamentaciones. Esos juegos de pelota se fueron diferenciando en los que por una parte se jugaban básicamente con las manos (que dieron origen al rugby) y los que se practicaban principalmente con los pies, que desembocaron en el fútbol.

En 1848, antiguos alumnos universitarios se reúnen en una habitación de estudiante de la universidad de Cambridge y redactan las reglas del fútbol, que se extenderán rápidamente por todo el país. Es la primera normalización del juego.

En su origen, se concibió como un juego con el que las clases altas trataban de transmitir sus valores a los jóvenes *gentlemen*. Pero la burguesía industrial promocionó entre las clases más humildes los beneficios físicos y las virtudes morales de la práctica del fútbol, que era «considerado por los dirigentes de las empresas como una herramienta a la vez capaz de mejorar la forma física de los obreros, de azuzar la competitividad entre los trabajadores y de distraer a la *working class* de cualquier posible veleidad contestataria», según el periodista francés Mickaël Correia.

Poco después de esa primera normalización del juego, surgen los clubes de fútbol. El primero fue el Sheffield Football Club, fundado en 1857, en Inglaterra.

En esos primeros tiempos el juego era muy individualista. Los jugadores pateaban el balón lejos, para que llegara a las cercanías de algún atacante que por sí solo iba a tratar de marcar gol, buscando la hazaña personal (pasar el balón a un compañero se consideraba una derrota). Pero enseguida la clase obrera desarrollará un estilo de juego colectivo, de pases y de combinación, reflejo del espíritu de apoyo y de solidaridad que había en las fábricas.

Desde Gran Bretaña se va extendiendo al resto de Europa y del mundo, a partir de finales del siglo XIX, a través de comerciantes, empresarios y trabajadores británicos. Al principio solo lo practican las élites locales. Pero no tardan en imitarles todas las clases, de una manera transversal. Pasa a Bélgica, a Dinamarca, a Italia, a Portugal, de la mano (más bien del pie) de los trabajadores ingleses destinados en esos países.

La aparición de la figura del portero, la del larguero, el penalti..., todo eso es progresivo y ocurre a lo largo de bastantes años. No es un juego que nazca completamente formado.

Tras esa revisión histórica de los orígenes del fútbol, llena de noticias interesantes, Ibáñez Salas hace un repaso a las fechas que marcan los grandes hitos del fútbol.

Entre otros muchos está el de la aparición del fútbol femenino, que cobra un gran impulso cuando a raíz de la Gran Guerra (la I Guerra Mundial) se suspenden las competiciones masculinas, pues los hombres están combatiendo en las trincheras.

Traza también el autor la historia de la palabra *fútbol*, en español, su adaptación gráfica en 1916 y su entronización durante el franquismo, cuando una ley desterró el anglicismo crudo *football*.

Repasa asimismo los orígenes del fútbol español y, en general, los cambios ocurridos en este deporte hasta llegar al profesionalismo: la evolución de los tipos de contrato, la influencia del transporte, de la prensa, la innovación de correr sin el balón (cuando los que más juegan son los que no lo tienen), la influencia de la televisión, la violencia que acompaña y rodea al fútbol... Hacia 1945, tras la II Guerra Mundial, ya está inventado todo lo que caracteriza al fútbol moderno: «El juego directo», como escribiera Martí Perarnau, «el juego de pases, el falso 9, el ataque en abanico, el ataque en W con los interiores adelantados o retrasados, los cerrojos defensivos, el contraataque, los delanteros centros que cabecean un centro lanzado desde el banderín

de córner, el líbero, dos zagueros, tres zagueros, cuatro defensas, cinco defensas, el 4-2-4, el 3-4-3 o el 3-2-5, la pirámide, el método, la WM, los extremos a pierna cambiada, el mediocentro de ataque, las permutas de posiciones, el juego de posiciones fijas, el penalti de cuchara, el regate inacabable, el gol desde 70 metros, el gol olímpico, la falta a la escuadra, salir jugando desde la defensa, el pase hacia atrás al portero, el pase cortado, el pase al espacio, la sucesión de pases para desorganizar el adversario... Todo fue inventado».

Tras el repaso a los hitos históricos, el autor dedica otro capítulo a tratar de saber «Qué es el fútbol». Y nos recuerda lo que tan brillantemente dijo el inolvidable entrenador del Milan Arrigo Sacchi: «El fútbol es la cosa más importante de las cosas sin importancia». Es un capítulo con reflexiones y citas muy interesantes de diversas personalidades que han escrito sobre este deporte: «El fútbol nunca es solo fútbol», dice el periodista deportivo británico Simon Kuper. «Cuando hablan de fútbol, los brasileños también hablan del tipo de país que Brasil debería ser. [...] Mientras se disputa un Mundial de fútbol, ningún brasileño hace nada hasta que Brasil no queda eliminado: cada competición le cuesta al país más de 2000 millones de libras en términos de descenso de la productividad». Algunos de estos autores incluso tratan el fútbol como metáfora del mundo, de la existencia.

En el siguiente capítulo, «Jugar al fútbol», el autor reflexiona sobre las emociones que despierta este deporte y rememora la experiencia de jugar al fútbol, sobre todo en la infancia. Es la parte más lírica del libro. «Creo», dice Ibáñez Salas, «que probablemente jugar bien sea más fácil que ganar». Y recuerda que el gran futbolista neerlandés Ruud Krol dijo en una ocasión que «el fútbol no es un arte, pero jugar bien al fútbol sí lo es».

El capítulo que sigue se titula «Ver fútbol» y trata del espectador, del aficionado, del hincha, del *supporter*, del *tifoso*, del *hooligan*. «El público es la esencia de cualquier espectáculo y, en el fútbol, lo condiciona todo de una manera muy especial. Porque al estadio no van espectadores, sino aficionados que participan con su aliento en la dinámica del juego condicionando los estados de ánimo», dice el jugador argentino, después entrenador y más tarde comentarista de partidos Jorge Valdano, una de las personas que más ha reflexionado sobre este juego. Y añade algo exagerado, pero que encierra mucha verdad: «Un hincha siempre tiene siete años».

Por su parte el entrenador y periodista francés Jean-Claude Trollet sostiene una observación también muy lúcida: «La identificación de los aficionados se construye a través no sólo del apoyo al propio equipo, sino también de la desvalorización de los adversarios. Ellos se convierten rápidamente en el enemigo común que forja la unidad del nosotros».

El siguiente capítulo es «El futuro del fútbol». Recuerda el autor que el novelista culé Manuel Vázquez Montalbán era consciente de aquello en lo que se estaba convirtiendo el fútbol en los años finales del siglo pasado: «en una droga de diseño y en la religión de una parte importante del capitalismo multinacional».

Casi todos los que han profetizado sobre el futuro del fútbol hablan de su progresiva mercantilización. Pero no todos creen en la decadencia de los valores del fútbol, en que cada vez vaya a peor. Algunos sostienen que ya era así desde el inicio. Dice el autor que para «para el pensador argentino Juan José Sebreli, quienes defienden las virtudes del fútbol no son sino populistas que difunden una falacia: que los intelectuales que desprecian el fútbol lo hacen porque lo que en verdad desprecian es la cultura popular. Intenta hacernos creer que los intelectuales que reivindican el fútbol, y el deporte en general, son muy habitualmente derechistas, entre los que incluye al propio Albert Camus, o bien son populistas o postestalinistas, como Eduardo Galeano. No dejan de ser sino acercamientos *ingenuos y sentimentales* llevados a cabo también por cierto populismo de cátedra». Efectivamente, un juicio un poco excesivo. Como el de que el fútbol es una herramienta capitalista (algo que sostienen algunos resentidos con este deporte).

Y en el último capítulo, «Escribir sobre fútbol», siguiendo esta última línea, trata el autor la lucha entre los intelectuales que denuestran el fútbol y aquellos otros que lo aman y lo expresan, de cómo hubo un tiempo en que estaba mal visto hablar de fútbol en ambientes intelectuales, como cosa frívola y de poca categoría no ya intelectual, sino mental. No es difícil imaginar en qué bando se posiciona el autor, que confiesa: «Quizás por eso haya escrito yo este libro. Para recuperar la infancia. La que viví y la que sueño».

Todos los que hemos pasado muchas horas jugando al fútbol, sobre todo de niños, hemos desarrollado una tendencia a filosofar, o a reflexionar, sobre este juego. Una de las citas que ofrece José Luis

es del filósofo e historiador Johan Huizinga, que decía que al jugar, se tiene «la conciencia de *ser de otro modo*». Humildemente, yo creo que es más que eso. Jugando un partido de fútbol, uno realmente *es otro*. Y aunque pierda, se siente otra persona mejor que la que es en la vida diaria. Jugar un partido tiene una grandeza que no se ve en la vida. O que se ve cuando se comprimen muchos años. Sin embargo, en el fútbol esa grandeza se desarrolla en unos pocos minutos.

Una de las opiniones que destaca José Luis Ibáñez Salas es la del escritor mexicano Juan Villoro, que mantiene que no hay grandes novelas de fútbol, una afirmación con la que no estoy en absoluto de acuerdo. Hay una que para mí es extraordinaria: *Los once y uno*, de Gonzalo Suárez, publicada en 1964. Gonzalo Suárez trató íntimamente al legendario entrenador Helenio Herrera, HH, y escribió esta novela con todo lo que le contó y supongo que también con lo que le vio hacer durante su época como entrenador del Barcelona. Es un prodigio de inteligencia, psicología, humor..., incluso de fútbol. Helenio Herrera, que escribió un estupendo libro de relatos, *Suspense*, es también autor de unas memorias maravillosas, de las que no me resisto a contar un episodio.

Cuando era niño y vivía en Casablanca, tenía un amigo con el que siempre estaba jugando al fútbol. Pero a veces discutían, se enfadaban y dejaban de hablarse. Cuando estaban peleados, el amigo se acercaba a la casa de Helenio y botaba la pelota para que este lo oyera. Efectivamente, en cuanto Helenio lo oía, salía a la calle. No se miraban, no se hablaban. El amigo le daba una patada a la pelota como por casualidad y la pelota iba hacia Helenio. Este hacía lo mismo. Y así se iban al campo y se tiraban la tarde jugando, pasándose el balón como por casualidad sin hablarse y sin mirarse. Y así volvían a casa cuando oscurecía.

Y si la novela de Gonzalo Suárez es extraordinaria, en el género del relato hay unas cuantas obras maestras, como el cuento del gran narrador gallego Carlos Casares titulado «Qué viejo estás y qué gordo». O aquel de Alonso Ibarrola, extraordinario autor de microrrelatos, en el que un hombre atraviesa un lunes un descampado donde juegan al fútbol unos niños. El equipo del que es aficionado el hombre ha perdido durante el fin de semana ante un equipo cuya camiseta lleva uno de los niños. El hombre llama al niño, le pone las manos en los hombros y le dice con dulzura: «Dile a tu padre que eres un hijo de puta». Y como el niño no reacciona, el hombre le zaran-

dea levemente y le dice «¿Te acordarás?». Cuando el niño comienza a llorar el hombre se aleja, mirando hacia atrás de vez en cuando. O aquel otro, cuyo autor no recuerdo, sobre un grupo de amigos que se reúnen todos los sábados a jugar en el Chile de Pinochet, y por las conversaciones que tienen mientras juegan nos vamos enterando del horror que está ocurriendo en el país, a la vez que vemos cómo cada semana va faltando alguno de los amigos. Hay muchos más. Pero el que para mí quizá sea el mejor relato que se ha escrito sobre fútbol es la carta que Osvaldo Soriano le escribió a Eduardo Galeano contándole la visita que hace en compañía del mítico jugador José Sanfilippo a un hipermercado levantado sobre el campo de San Lorenzo, y en la que el viejo jugador le va explicando cómo marcó el gol más rápido de su vida y para detallarle dónde ocurrió cada paso de la jugada se van superponiendo los recuerdos a los artículos de los estantes (las pilas, el arroz, las sartenes...). Uno siente la tentación de volver a contarlo, pero es imposible salir airoso si no se reproduce exactamente con las mismas palabras de Osvaldo Soriano. Así que mejor léanlo. Eso sí, después de este magnífico libro de José Luis Ibáñez Salas.

Emilio Gavilanes